

Eduardo Torres Maldonado (coordinador y editor),
*Diacrónica del Caribe mexicano: una historia de
Quintana Roo y Cancún*, México, Universidad Autónoma
Metropolitana-Unidad Azcapotzalco, 2000, 264 pp.¹

Por Pablo A. Mariñez

El presente libro, *Diacrónica del Caribe mexicano: una historia de Quintana Roo y Cancún*, es una obra colectiva, de la autoría de cuatro distinguidos investigadores mexicanos que, bajo la coordinación de Eduardo Torres Maldonado, reúne otros tantos trabajos realizados desde distintas perspectivas disciplinarias. Dichos trabajos abordan tópicos diferentes del estado de Quintana Roo, en un arco temporal que recorre desde el siglo XIX hasta el siglo XX.

Los dos primeros trabajos –“Forjadores de identidad: los mayas y los estudiosos de la cultura maya en Quintana Roo”, de Lorena Careaga Viliesid, y “De cruces que callan y cruces que hablan: jesuitas y mayas en la frontera México-Belice”, de Luz del Carmen Vallarta Vélez– estudian el proceso de identidad en la sociedad maya a partir de problemáticas e hipótesis distintas que, sin embargo, logran una interesante complementariedad sobre el desarrollo histórico de la misma. Ambos enfoques ponen énfasis y profundizan en tópicos que necesariamente han incidido en el desarrollo de dicha identidad, como son una serie de elementos simbólico-religiosos y de la guerra de castas. El tercer trabajo, de Antonio Higuera Bonfil, en cambio, incursiona en los objetivos políticos por los que Quintana Roo fue declarado territorio federal, a principios del siglo XX, en plena época del Porfiriato. El último estudio, de Eduardo Torres Maldonado –con una extensión que supera el conjunto de los tres trabajos anteriores–, realiza una rigurosa radiografía de Cancún, como “paraíso turístico moderno” en el Caribe mexicano, sin dejar de rastrear los antecedentes históricos de Quintana Roo, desde su funcionamiento como “presidio político e infierno tropical”, durante el régimen del general Porfirio Díaz, hasta llegar al Quintana Roo contemporáneo y turístico.

Estos cuatro trabajos, dentro del amplio arco temporal y temático que recorren, logran, sin embargo, una excelente unidad, pues cada uno de ellos retoma, amplía y profundiza aspectos tratados en el que le precede. Unidad que demanda todo libro de investigación, y que no siempre resulta fácil de lograr en una obra

¹ Texto del comentario en la presentación del libro *Diacrónica del Caribe mexicano: una historia de Quintana Roo y Cancún*, en la Casa de Gobierno de Quintana Roo en el D.F., el 30 de mayo de 2001.

colectiva, como lo es ésta. En cada uno de los estudios, además de manejar la extensa bibliografía existente sobre los temas abordados, los autores han recurrido a fuentes originarias, documentales o de informantes —o ambas a la vez, según los casos— con lo que a partir del instrumental teórico empleado, han conseguido realizar una valiosa obra de aportación a los estudios regionales del país, y del Caribe, por supuesto. Otro elemento que vale la pena destacar es la trayectoria y el dominio de la temática abordada que tienen los diferentes autores. Incluso, tres de los cuatro trabajos que integran el libro forman parte o están basados en investigaciones más amplias realizadas por los propios autores.

Más allá de la indudable rigurosidad y las aportaciones que nos ofrece la obra que comentamos, su lectura nos lleva a incursionar en dos líneas de reflexión. La primera de ellas es sobre el tan debatido tema de la definición del Caribe como región, así como el de la misma identidad caribeña. La segunda reflexión es en torno al turismo, tema abordado extensa y ricamente en el último trabajo y que constituye una constante —aunque con sus necesarias e innegables especificidades— en toda la región del Caribe, al grado de ser hoy día uno de los renglones más importantes de la economía del área.

Respecto a la primera línea de reflexión, no nos cabe la menor duda de que no existe consenso en el campo de las ciencias sociales sobre los límites que tiene la región del Caribe, es decir, no hay precisión sobre los países y territorios que la conforman.² Más allá de las dimensiones geográficas, geopolíticas o étnico-culturales que puedan tener las definiciones sobre el área, lo cierto es que posiblemente no exista un solo Caribe, sino varios Caribes, o más bien, la región ha ido ampliando cada vez más su frontera, su extensión. Es decir, al parecer el Caribe presenta una frontera móvil, quizás porque muchos pueblos se han ido autodescubriendo como pertenecientes a dicha región. De ahí que, hoy en día, en vez de Caribe insular —para hacer referencia únicamente a las Antillas—, nos veamos en la necesidad de hablar de Cuenca del Caribe, Circuncaribe o Gran Caribe, y de esta manera poder darle cabida a los territorios y pueblos que en las últimas décadas reclaman su pertenencia a dicha área, comenzado a identificarse como caribeños. Tal es el caso de "El Caribe mexicano". En este sentido, no podemos dejar de referirnos a Veracruz, donde lo que venimos planteando se ha expresado nítida y vivamente en las primeras ediciones del Festival del Caribe, organizado por el Instituto Veracruzano de Cultura, a principios de los noventa. El título del mismo era sumamente elocuente en este sentido: "Veracruz también es Caribe".

El libro coordinado por Eduardo Torres Maldonado, *Diacrónica del Caribe mexicano: una historia de Quintana Roo y Cancún*, posiblemente no hubiera

² Cfr. Atlántida Coll-Hurtado, "Algunas ideas acerca de la geografía del Caribe", en *El Caribe: Nuestra Tercera Frontera*, Memoria del I Seminario sobre el Caribe. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1990; Andrzej Dembicz, "Definición geográfica de la Región del Caribe", en *Premisas geográficas de la integración socioeconómica del Caribe*, La Habana, Editorial Científico-Técnica y Editorial Académica, 1979.

sido escrito diez o quince años atrás, al menos con los objetivos que se plantea. Y de haberlo sido es muy probable que hubiera tenido como título lo que ahora aparece como subtítulo: "Historia de Quintana Roo y Cancún". Decimos esto por varias razones: en primer lugar, porque para los habitantes de dicho estado, en su horizonte identitario, el Caribe no estaba presente, al menos como se concibe hoy día; en segundo lugar, porque si exceptuamos precisamente el trabajo de Eduardo Torres Maldonado, "El Caribe mexicano hacia el siglo XXI", en los demás textos existe una ausencia, al menos de manera explícita, del objeto discursivo, lo cual hasta cierto punto constituye una paradoja. En el trabajo de Antonio Higuera Bonfil, "Organización política en los límites de la nación: Quintana Roo a principios del siglo XX", el término es empleado apenas en dos ocasiones, al referirse el autor a la vigilancia establecida contra los mayas a raíz de la ocupación militar dirigida por el general José María de la Vega, durante el gobierno del presidente Porfirio Díaz. Higuera Bonfil habla de "puerto caribeño de Vigía Chico y de Xcalak a La Aguada, en la península sudoriental del Mar Caribe" (p. 117).

Dentro de esta perspectiva, nos preguntamos si la hipótesis planteada por Lorena Careaga Viliesid, en su trabajo "Forjadores de identidad: los mayas y los estudios de la cultura maya en Quintana Roo", en el sentido de que los estudios e investigaciones académicas realizadas sobre la cultura maya, una vez publicados y llegados a la comunidad, han contribuido a forjar la propia identidad maya (aunque en sus conclusiones la autora sostiene que "no le parece probable que los estudios académicos *per se* tengan la fuerza como para modificar, incluso parcialmente, la identidad histórica de un grupo étnico") —no sería aplicable precisamente a lo que, de alguna manera, ha venido ocurriendo en Quintana Roo en los últimos diez o quince años respecto a los estudios, investigaciones y diversas actividades realizadas dentro de una cierta concepción "caribeña".

Desde nuestro punto de vista, la celebración del Festival Internacional de la Cultura del Caribe en 1989 —que constituye un parteaguas en los estudios del Caribe en México—; la Dirección de Estudios del Caribe, en el Centro de Investigaciones de Quintana Roo (CIQRO), ya desaparecido; la Universidad de Quintana Roo, con sus estudios, investigaciones y publicaciones sobre el Caribe, y de manera muy particular, la fundación de la *Revista Mexicana del Caribe*, en 1996, así como la reciente creación del concurso Premios al Pensamiento Caribeño, han contribuido, y continúan haciéndolo, al reforzamiento de la identidad caribeña en dicho estado. En lo que a estudios e investigaciones se refiere, muchos de los realizados en los últimos años en la UQROO desde una perspectiva caribeña —sobre todo tratando de rastrear las huellas caribeñas en Quintana Roo— difícilmente hubieran sido posibles hace algunos años, o en todo caso hubieran sido realizadas desde la perspectiva de estudios regionales, como se trabaja en otros estados, incluso del mismo Golfo de México, donde el "Caribe mexicano" no constituye, como tal, un objeto de estudio.

En cuanto a la identidad caribeña se refiere, no obstante que tal problemática no está planteada en la obra dentro de dicha perspectiva —aunque sí lo está la identidad maya—, de todas maneras pensamos que el libro la introduce, aunque

sólo sea implícitamente. Lo que queremos plantear es que generalmente se entiende que el elemento articulador del Caribe, como región, lo constituye la negritud. Ese es el elemento fundamental en la definición del Caribe que nos plantea Eric Williams que, aunque haya sido cuestionada, ha tenido tanta influencia e impacto en toda la región. En el Caribe, al menos en su parte insular, la población indígena fue exterminada muy tempranamente durante el proceso de conquista y colonización, de ahí que la aportación indígena, aunque sea considerada como una de las tres raíces culturales, se encuentre relegada a un tercer lugar, aunque algunos países extrañamente la han redimensionado y tratan de colocarla en primer plano. Es decir, lo indígena, aunque haya constituido la población nativa, pasó a ser una especie de tercera raíz, siendo la aportación negro-africana la primera, aunque no siempre aceptada como tal, sobre todo en las Antillas de colonización hispana, y muy particularmente en República Dominicana y Puerto Rico. Lo que la obra que comentamos nos está proponiendo como tema de discusión, aunque sólo sea implícitamente –algo que por lo demás se extiende a otros países o subregiones del Caribe continental, como en las Guyanas, por ejemplo–, es considerar lo indígena como un componente étnico relevante, al menos dentro de las fronteras cada vez más amplias del Caribe. Esta vendría a ser una de las singularidades del Caribe mexicano.

La segunda línea de reflexión que queremos plantear es la del turismo, abordada ampliamente en el ensayo de Eduardo Torres Maldonado "El Caribe mexicano hacia el siglo XXI (del cómo y el porqué Quintana Roo, un infierno tropical y presidio político, devino en un paraíso turístico y en una compleja sociedad mexicana-caribeña y fronteriza)". No hay duda de que el Caribe, desde el punto de vista geográfico, o más precisamente ambiental, presenta características propias, que lo diferencian de otras regiones del continente. Son esas particularidades geográficas, especialmente su clima, el colorido del mar, su arena, las playas, las que se han convertido en un verdadero atractivo, para propios y extraños, que han hecho del Caribe, a partir de una gran campaña de mercadotecnia, un gran centro turístico. Esas características geográficas paradisiacas, sin embargo, han existido durante mucho tiempo, aunque hayan estado relegadas a un plano irrelevante. Durante siglos el modelo de acumulación económica en la región giró en torno al sector primario, agroexportador, fundamentalmente de plantación azucarera, cafetalera y bananera. Esta economía de plantación transformó de una manera brutal la ecología de la mayor parte de los países, por los propios requerimientos que demanda su cultivo, en especial la caña de azúcar y el banana. La flora y la fauna de la región fueron las más afectadas, generándose una fuerte deforestación y la pérdida de decenas o de cientos de especies. Todo ello se hizo en nombre del progreso, del desarrollo, que muy limitadamente se hizo realidad en los países de la región. Más bien, dentro de la perspectiva de la teoría de la dependencia, lo que ello provocó fue el subdesarrollo. Después, en las primeras décadas del siglo XX, los precios del azúcar caerían bruscamente en el mercado internacional y la producción azucarera dejó de ser el eje articulador de

la economía caribeña. Sin embargo, los daños causados en la ecología fueron irreversibles.

Hace tan sólo un poco más de dos décadas que ese modelo de acumulación fue desplazado por uno nuevo, que descansa en el sector servicios, particularmente en el turismo. Hoy día, en muchos países de la región, el sector más dinámico de la economía lo constituye la denominada "industria sin chimenea", el turismo. Éste genera mayores ingresos por concepto de divisas que cualquiera de los otros sectores de la economía de dichos países. Pero el turismo no sólo tiene una incidencia económica en la región, con perspectivas a lograr un desarrollo sustentable, sino en otros ámbitos, sobre todo el social y el ambiental, que en ocasiones son difíciles de controlar.

Uno de los aspectos más interesantes en el estudio de Eduardo Torres Maldonado es que no se circunscribe al aspecto económico del turismo, sino que incursiona en otros terrenos ofreciendo una verdadera radiografía de Cancún como paraíso turístico, con sus aciertos y desaciertos; pero aún más, una radiografía del estado de Quintana Roo, de su trayectoria histórica, social y política. Podríamos decir que como centro turístico Cancún es único —y en efecto, Quintana Roo puede ofrecer un atractivo arqueológico y cultural que difícilmente pueden ofrecer otros países de la región—, un verdadero "paraíso inventado". Aunque, ciertamente, la mayoría de los grandes centros turísticos actuales del Caribe, de alguna manera también han sido "invenciones", en cuanto a estrategia de mercadotecnia y de inversiones de capital se refiere, pues no obstante que las condiciones estaban dadas por la naturaleza, estas regiones se encontraban abandonadas, no tenían infraestructura alguna de comunicación, de vivienda, y mucho menos de recreación y esparcimiento, como lo demandan las exigencias contemporáneas. Ciertamente, es posible que otros centros turísticos de la región sólo compartan el haber sido "infierno tropical", sin llegar a ser "presidio político" como lo fuera Cancún.

Por último, dentro de esta segunda línea de reflexión, nos interesa destacar dos aspectos más. En primer lugar, en el ámbito económico, que el número de habitaciones hoteleras que tiene Cancún, así como de turistas que recibe anualmente, posiblemente iguale, sino es que supere, al que poseen y reciben la mayoría de los países del Caribe; en segundo lugar, que esto implica una enorme concentración, aunque ésta quede dispersa, en términos relativos, dentro de la inmensa extensión geográfica mexicana. De todas maneras, el éxito económico que actualmente presenta la "industria sin chimenea" no debe hacernos perder de vista los posibles efectos nocivos que puede producir el impacto masivo turístico en nuestras naciones. Los países de la región pueden estar todavía a tiempo para impulsar un turismo racional, planificado, estableciendo las reglamentaciones y leyes necesarias que tiendan a evitar la contaminación y daños ambientales y sociales, que de producirse, el día de mañana serían irreversibles.